

que en Inglaterra todavía no se ha presentado como antítesis de la poesía ni de la honradez moral, añade á los nombres de Dickens y de Thackeray, ya consagrados por la gloria, los nombres de Disraeli, de Jorge Elliot, de Carlota Brontë y otros innumerables; y la crítica literaria, que está en manos de espíritus tan cultos, elegantes é ingeniosos como Mateo Arnold (á quien citamos de propósito por lo mismo que sus concepciones teológicas están tan lejos de las nuestras <sup>1</sup>), no parece dispuesta á abdicar su

<sup>1</sup> Vide *Essays in Criticism by Matthew Arnold*: Leipzig, Tauchnitz, 1887, dos volúmenes. Los principales estudios versan sobre la función de la crítica en el tiempo presente; sobre la influencia literaria de las Academias; sobre las obras de Enrique Heine, Joubert, Mauricio de Guérin y su hermana; sobre el teatro persa, y sobre la diferencia entre el sentimiento religioso de los paganos y el de la Edad Media. Otros artículos pertenecen más bien á la controversia teológico-filosófica, como los titulados *Marco Aurelio*, *Spinoza* y *la Biblia*.

Mateo Arnold (que acaba de fallecer, al tiempo que escribimos esta nota) era sin duda alguna el menos inglés de los críticos. Por la variedad de su cultura y por la extremada independencia de su espíritu; por su incesante curiosidad aplicada á todo género de asuntos, pertenecía á la literatura universal más bien que á la particular de su país. Por la viveza y claridad de su estilo, por la gracia fácil y la continua transparencia, recordaba la manera de los mejores críticos franceses, si bien la de Arnold tenía un sabor más clásico, lo cual se explica bien considerando que el catedrático de Poesía en Oxford era consumado helenista. No tenemos que tratar aquí de sus audacias y temeridades teológicas, ni de la parte tan activa que tomó en la crisis religiosa que hoy atraviesa el protestantismo británico. Pero considerado meramente como crítico literario, pocos hay en Europa que le aventajen en delicadeza y buen gusto. Descansa el ánimo cuando de las enmarañadas concep-

ctro en manos de los que quieren reducir la psicología, la estética y la moral á un problema de mecánica.

### III.—EN FRANCIA.

#### I.

*Estado de los estudios filosóficos en Francia á principios de este siglo. — La Estética en la escuela ecléctica. — Cousin. — Jouffroy.*

La revolución literaria que conocemos con el nombre un poco estrecho de *romanticismo*, fué llevada á término en Francia, como en Inglaterra, no por los críticos, sino por los poetas; no por

ciones de Carlyle ó de las rapsodias (á veces elocuentes) de Ruskin pasa á la prosa de Arnold, tan modesta, tan desnuda de toda afectación, tan limpia de todo énfasis, tan felizmente acomodada al suave balanceo de su pensamiento. Sus aficiones literarias eran parecidas á su estilo, y así, en la literatura francesa, que conocía y apreciaba mejor que ningún otro inglés, no se fija con preferencia en las obras más ruidosas y más generalmente tenidas por clásicas, sino que, buscando senderos menos trillados por el vulgo de los declamadores, reserva sus simpatías para los espíritus suaves y distinguidos, para los moralistas ingeniosos, para los poetas íntimos y sinceros que menos se han dejado arrastrar del tumulto literario de su tiempo. Así dió á conocer á sus compatriotas, en estudios de mucho primor y de una delicadeza verdaderamente ática, á Joubert, á Senancour y á los dos Guérin, *nobile par fratrum*.

Otro de los críticos ingleses modernos más dignos de ser leídos es John Campbell Shairp, profesor de Oxford, autor de quince lecciones sobre la Poesía. (*Aspects of Poetry, being Lectures delivered at Oxford....*: Oxford, 1881.) Entre estos ensayos los hay de carácter general y estético; v. gr., los titulados: *Dominio de la poesía, Crítica y Creación, Aspecto espiritual de*



los teóricos ni por los filósofos, sino por hombres extraños á toda cultura metafísica, y movidos sólo por un vago instinto hacia lo nuevo y lo desconocido, ó por una reminiscencia no menos vaga de edades literarias anteriores á la disciplina clásica. Á fines del siglo XVIII había en todas las cabezas un fermento de insurrección, un confuso anhelo de libertad y de poesía, que sólo en Alemania llegó á perfecta sazón, madurado por la crítica de Lessing y de Herder, apoyada por el severo análisis de Kant. Sólo en Alemania fué consciente y reflexiva la obra de la nueva literatura, y por eso nació fuerte, sólida y humana, conservando hoy las obras de Schiller y

*la Poesía, El poeta considerado como revelador, El estilo poético en la poesía moderna de Inglaterra.* Otros son juicios de algún poeta en particular, ó tratados de algún género ó forma de arte; v. gr., *Virgilio considerado como poeta religioso, Burns y las canciones escocesas, Shelley como poeta lírico, La Poesía de los Highlands y la falsa poesía ossiánica, El espíritu homérico en Walter Scott, Poetas en prosa* (Carlyle, el Cardenal Newman), y los varios que dedica á Wordsworth, que parece ser su poeta predilecto, al paso que la poesía *no bautizada* de Shelley le inspira profunda aversión.

Para el estudio de la poesía inglesa de estos últimos años son muy útiles los dos libros del norteamericano Edmundo Clarence Stedman, intitulados *Victorian Poets* y *Poets of America* (Boston and New-York, Houghton, Mifflin and Co., 1885). En el primero analiza las obras de Tennyson, Landor, los dos Brownings, Hood, Mateo Arnold, Barry Cornwall (pseudónimo), Buchanan, Morris, Swinburne, Rossetti y otros poetas menores de la época de la reina Victoria. En el segundo las de Colen Byrant, Whittier, Ralph Emerson, Longfellow, Edgar Poe, Holmes, Russell Lowell y algunos otros. Stedman es crítico sólido y ameno.

de Goethe frescura y juventud perennes, que no logran sino muy contadas producciones de las que engendró el romanticismo francés ó británico, italiano ú español, y el mismo romanticismo de Alemania, que en rigor puede considerarse como una desviación y un retroceso respecto del sentido mucho más amplio y elevado de aquellos grandes poetas.

Conste, pues, que el movimiento de las ideas literarias en Francia, como en todo el resto de Europa, con la sola excepción dicha, fué durante el primer tercio de este siglo casi independiente del movimiento de las ideas filosóficas, las cuales, á lo sumo, pudieron influir en él de una manera indirecta y remota, por el lazo oculto que tienen entre sí todos los pensamientos humanos. De donde resulta que podemos considerar aisladamente, para mayor claridad de nuestro relato, lo que pensaron del arte y de la belleza los filósofos, y lo que pensaron y practicaron los artistas.

Ni era fácil, por otra parte, que en los primeros años de nuestra centuria pudiera encontrar en Francia guía ni disciplina estética el artista que más se empeñara en buscarla y en reducir sus concepciones á sistema, puesto que eran desconocidos aún los grandes trabajos alemanes, salvo la *Historia del Arte* de Winckelmann, que se miraba como libro de pura arqueología, y el *Laoconte* de Lessing, que tradujo Carlos Vanderbourg en 1807, pero que nadie leyó ni estimó entonces. De los ingleses se co-



noicia y se citaba á Burke, á Blair, y también á William Hogarth, cuyo *Analysis of Beauty* fué traducido en 1805. El contingente indígena se limitaba á los anticuados y superficiales ensayos del P. André, de Crousaz y de Montesquieu, á las paradojas brillantes y fecundas de Diderot, á la árida y prolija construcción del abate Bateux, y al informe y mal digerido *Diccionario de Bellas Artes* de Millin (1806), que habla ya de la *Estética*, llamándola por su nombre, y cita á Kant, á Goethe y á Humboldt, pero sin dar muestra alguna de haberlos entendido. Carlos de Villers, que había estado emigrado en Alemania, tomó allí alguna noticia del sistema de Kant, y le expuso harto vaga y difusamente en un libro publicado en Metz en 1801 con el título de *Principios fundamentales de la filosofía trascendental*; pero ni sus loables esfuerzos, ni los de otro expositor todavía más oscuro, J. Hochne, que al año siguiente dió á luz en París la *Filosofía crítica descubierta por Kant y fundada sobre el último principio del saber*, ni los artículos del *Espectador del Norte*, periódico que en lengua francesa se publicaba en Hamburgo, ni la traducción que por aquellos mismos años se hizo de un raquitico compendio holandés de la *Crítica de la Razón pura*, cuyo autor era Kinker, consiguieron llamar la atención del público francés á especulaciones tan repulsivas para él en aquellos días de violenta acción política y de absoluto predominio del empirismo materialista, que entonces decían *ideología*, última dege-

neración del sensualismo de Locke y Condillac. A los ojos de Destutt-Tracy, de Cabanis, de Garat, de Volney, Kant no podía ser otra cosa que un místico y un visionario, lleno de preocupaciones espiritualistas y de sueños teológicos, y no iniciado de ningún modo en los sublimes misterios de la *sensación transformada* y de las *relaciones entre lo moral y lo físico*. Sin embargo, hicieron á su sistema la honra de discutirle en la *clase de ciencias morales y políticas* del Instituto de Francia<sup>1</sup>, donde por caso extrañísimo encontró un defensor, y ciertamente de los más inesperados. Era aquel Mercier que ya conocemos, famoso aventurero literario, dramaturgo de la escuela de Diderot y autor de una especie de poética revolucionaria y romántica, espíritu abierto, en suma, á las ideas nuevas, pero de un modo irracional y descosido. Aquellos sabios académicos no le hicieron ningún caso, y prefirieron irse con Destutt-Tracy, que *pulverizó* á Kant, comenzando por declarar que no le conocía más que en el compendio de Kinker, tras de lo cual probó triunfalmente que no hay razón pura, ni por consiguiente crítica de ella, y que «todos esos conocimientos *puros* son puras *nadas*, personificaciones vacías, nacidas de un abuso de palabras y de un empleo vicioso de las ideas abstractas»<sup>2</sup>.

<sup>1</sup> Vid. Jules Simón: *Une Académie sur le Directoire*: Paris, 1885, pág. 214.

<sup>2</sup> Vid. (y es curioso documento) en el tomo iv de las *Mémoires de l'Institut National, Sciences morales*, las *Observaciones* de Destutt-Tracy sobre la *Metafísica* de Kant.



Era imposible que tal degradación filosófica continuase; así es que pronto empezaron á verse algunas señales de mejora. Es cosa averiguada hoy que las ideas del mismo Cabanis experimentaron en sus últimos años un cambio profundo, inclinándose más y más á la solución metafísica. Otros que nunca habían ido tan lejos en el camino del empirismo, puesto que no pasaban de meros sensualistas, tuvieron que retroceder menos para espiritualizar su sistema. Así De Gérando, y todavía más Laromiguière, que con lúcida y elegante palabra y con sentido moral generoso y simpático, popularizó entre sus oyentes una doctrina psicológica ya muy diversa de la de Condillac, puesto que concede al alma actividad propia, que se manifiesta en el acto de la atención, del cual son transformaciones la comparación y el razonamiento. Por otra parte, Laromiguière hacía estudio de no abusar de la palabra *sensación*, ya un tanto desacreditada, y prefería la voz *sentimiento*, de donde el nombre de *sentimentalismo* que algunos dan á esta modificación del sensualismo, en la cual persiste, no obstante, el vicio fundamental de derivar de la sensibilidad (llámese sentimiento ó sensación) las ideas puras y las nociones morales.

Otro paso más avanzado dió Royer-Collard durante el breve espacio que fué profesor de filosofía (1811-1813), importando á Francia la psicología escocesa y las obras del Dr. Reid, sin modificación alguna importante. Royer-Collard no era propiamente filósofo, sino robustísimo

orador y hombre político de verdadera grandeza; pero la autoridad de su nombre y de su carácter contribuyó á abrir los caminos á la nueva filosofía, preciándose Cousin y Jouffroy de discípulos suyos, aunque él no los admitía por tales sino con grandes reservas, nacidas de su arraigada fe cristiana.

Por los mismos años, un pensador solitario, único metafísico de verdad que produjo Francia en toda la primera mitad de nuestro siglo, se había ido levantando mediante su propio individual esfuerzo, por una evolución eternamente memorable en los anales del pensamiento, desde el empirismo sensualista de su primera memoria sobre *la influencia del hábito en la facultad de pensar* (1802), hasta la filosofía de la actividad libre, y desde esta filosofía de la voluntad, partida de tan humilde principio como la consideración del esfuerzo muscular, se había remontado á una verdadera metafísica, cuyas últimas consecuencias, contenidas en sus *Nuevos Ensayos de Antropología*, están á dos pasos del misticismo cristiano, si es que no penetran en él resueltamente. La influencia de Maine de Biran fué póstuma; su vidase pasó, ignorada del vulgo, en las soledades del puro pensamiento: muerto él, los eclécticos quisieron hacer de su nombre una bandera; pero Maine de Biran era más grande que el eclecticismo, y resulta empequeñecido en los análisis de Víctor Cousin. Maine de Biran no tuvo verdaderos discípulos, y colaborador uno solo, el físico Ampère.



Á acelerar la ruina y el descrédito de la filosofía del siglo XVIII y á restaurar el sentido espiritualista contribuyeron, por otro lado, aun no siendo filósofos de profesión, aquellos eloquentes apologistas católicos que solemos confundir bajo el nombre de *tradicionalistas*, por más que no todos ellos profesaran, á lo menos en términos expresos, el error tradicionalista, que consiste en negar las fuerzas naturales de la razón y suponer derivados todos los conocimientos de una *tradicón* ó revelación primitiva, transmitida por Dios juntamente con la palabra. Es evidente que el nombre de tradicionalistas sólo conviene en rigor á Bonald y á Lamennais en su primera época, no á José de Maistre, cuya tendencia en lo puramente filosófico es más idealista y un tanto platónica, y de todas suertes menos resabiada del espíritu sensualista del siglo pasado, al cual, sin quererlo, y por efecto de su educación primera, solían pagar tributo en la esfera ideológica los mismos que con más ardor y convicción le rechazaban en todos los demás órdenes del pensamiento y de la vida.

Á los estudios estéticos tardó mucho en entenderse la restauración espiritualista. Prescindiendo por ahora de los libros de Mad. de Stäel, verdaderos libros de *iniciación*, en que abundan indicaciones generales de mucho alcance, pero que más bien pertenecen á la crítica literaria y moral que á la filosofía, hay que convenir en que, el más antiguo trabajo sobre la filosofía de lo Bello que nos ofrece la litera-

tura francesa de este siglo, es el curso que Víctor Cousin dió en la Sorbona el año 1818 sobre las tres ideas de *lo Verdadero*, *lo Bello* y *lo Bueno*. Sabemos hoy que Maine de Biran, en uno de sus últimos trabajos psicológicos, había tratado incidentalmente de la distinción entre lo bello y lo agradable sensible, determinando además el valor del juicio en la percepción de la belleza, el carácter *compuesto* de esta percepción, y cómo la multiplicidad quedaba vencida y dominada por la unidad <sup>1</sup>. Es cierto que estas indicaciones, tan ajenas del orden habitual de pensamientos en que Maine de Biran se complacía, y derivadas quizá de remota influencia germánica, pudieron labrar en el espíritu de Víctor Cousin, que vivía entonces en intimidad con Biran, y darle algún elemento para su teoría; pero quedaron ignoradas del público en general, puesto que el libro en que se consignan, extraviado por luengos años, no ha sido del dominio público hasta 1859. Tampoco se ha de olvidar que al curso de 1818 precedieron dos tesis doctorales de materia estética: la primera de un condiscípulo muy docto de Víctor Cousin, M. Viguier; la segunda de su predilecto discípulo Teodoro Jouffroy. La tesis de Viguier es de 1814, y versa sobre *el principio y espíritu de las leyes del gusto aplicadas á la literatura* <sup>2</sup>.

<sup>1</sup> *Ceuvres inédites de Maine de Biran* (publicadas por E. Naville, 1859, t. II, pág. 83 y siguientes).

<sup>2</sup> *M. Ep. Viguier, inspecteur général de l'Université. Frag-*



Aunque es trabajo juvenil y algo superficial, y se resiente de la situación de los estudios en aquella fecha, no deja de mostrar en algunos rasgos el sólido saber y el espíritu agudo y penetrante de aquel ingenioso crítico, tan malamente olvidado hoy, con haber sido uno de los espíritus más originales y cultos que en su tiempo produjo la Universidad de Francia. El autor, inspirado á no dudarle por Mad. de Stael, sienta por base de su teoría del gusto, que las artes siguen en su desarrollo los progresos de las pasiones humanas, y que de la relación en que viven con ellas resultan todas sus reglas y sus bellezas. No considera el sentimiento de lo bello como primitivo y distinto, sino como una especie de modificación del sentimiento moral. «Lo Bello, dice en términos expresos, no es más que la relación observada y sentida de la pasión á su objeto, ó del objeto á su pasión.» Es evidente que tales ideas están mucho más cerca de las de Laromiguière que de las de Víctor Cousin; pero lo que en la tesis de Viguier, en medio de sus resabios sensualistas, pertenece totalmente al espíritu de nuestro siglo, es la ejemplar declaración de tolerancia literaria con que termina. Adviértase que estas palabras se pronunciaron en plena Sorbona en 1814, es decir, diez y seis años antes del triunfo

*ments et Correspondance*: Paris, Hachette, 1875, páginas 15 á 31. La mayor parte de este volumen es de grande interés para la historia de la literatura española.

de la escuela romántica, y por un hombre que toda su vida tuvo, aunque de una manera elevada, gustos y aficiones estrictamente clásicos. «Nadie puede negar que el movimiento continuo, progresivo, y más real todavía que aparente, en el conjunto de la sociedad, debe modificar de una manera incesante las ideas, las pasiones, y con ellas el gusto, las lenguas y las bellas artes. Esta consideración, aplicada á las literaturas particulares, debe enseñarnos... á no condenar ni aprobar exclusivamente ciertas formas de gusto.... Nada más inepto que la risa de un filósofo cuando ve una práctica extraña á su nación, y nada más necio que los chistes de un literato acerca de bellezas consagradas en los demás pueblos por una admiración universal. Un verdadero hombre de gusto no es de ningún siglo ni de ningún país...; sabe reconocer y sentir la belleza, sea cualquiera la forma en que se le presente, y en seguida trabaja por adquirir el conocimiento de las fuerzas que han determinado esta forma particular.... Á pesar de todas las reglas de Aristóteles, es indudable que la mayor parte de las leyes particulares de la poética son de institución moderna. Además, la pretensión de conservar la dignidad antigua, tan lejana de nuestras costumbres, nos ha hecho inventar un sistema de convenciones (más riguroso, sin comparación alguna, que el de los antiguos), á veces puramente arbitrario, muchas otras incómodo para el poeta, y contrario á la ilusión y á la pasión.»



La tesis doctoral de Jouffroy sobre la diferencia entre el sentimiento de lo bello y el de lo sublime, lleva la fecha de Agosto de 1816, y es un reflejo de la primitiva enseñanza de Victor Cousin en la Escuela Normal, si bien ya empieza á notarse la tendencia psicológica y puramente escocesa de Jouffroy, la cual se mostró luego con más claridad y madurez en su célebre *Curso de Estética*, que examinaremos muy pronto. La tesis no es más que un rasguño de estudiante, donde andan mezcladas ideas de muy varia procedencia, predominando el criterio kantiano, la observación anglo-escocesa y el respeto á la que llama Jouffroy *admirable obra* de Burke, de quien se aparta, no obstante, al distinguir, con su habitual perspicacia analítica, entre el sentimiento de lo sublime y la especie de terror que lo sublime nos infunde, entre el sentimiento de lo bello y el amor que en nosotros puede despertar la belleza, cosas todas que Burke había confundido.

Es notable en esta tesis la ausencia total de Metafísica. Y consiste en que el eclecticismo francés no se preocupó de tales cuestiones hasta el viaje de Victor Cousin á Alemania en sus vacaciones de 1817. Pero fuera del recinto de las escuelas filosóficas, entre los arqueólogos y críticos de artes, se habían levantado algunas voces aisladas en pro del idealismo platónico, que ellos conocían, aunque de un modo imperfecto, por las obras de Mengs y de Winckelmann. Uno de los más profundos aunque menos conocidos

pensadores y críticos que Francia ha producido<sup>1</sup>, sostiene con poderosos argumentos que, no sólo en las ideas estéticas de Victor Cousin, sino en sus concepciones científicas generales, ejerció mucha influencia la doctrina *del ideal* artístico, enseñada á ejemplo de Winckelmann por Quatremère de Quincy, autor del *Júpiter Olímpico* y del *Ensayo sobre el ideal en las artes del dibujo*. Consistía este ideal en la ausencia de toda determinación que pudiera recordar la existencia real é individual; no era un tipo supremo de perfección como la idea platónica, sino un concepto vacío formado por abstracción.

En un espíritu tan móvil como el de Victor Cousin, espíritu oratorio y brillante más que verdaderamente filosófico, no es posible conceder á ninguna doctrina aislada influencia capital y única sobre el resto del sistema. Por otra parte, falta averiguar si tal sistema existe, cosa que muchos niegan, y que sólo puede defenderse haciendo una porción de distinciones. La posteridad ha empezado ya para aquel elocuentísimo escritor (1792-1867), y la posteridad, respetando su corona de erudito y de literato, muestra rara unanimidad de pareceres en el severo juicio que formula sobre su filosofía, en otro tiempo tan influyente en la Europa latina, y tan dominante y despótica en Francia<sup>2</sup>. Y este

<sup>1</sup> Félix Ravaisson: *La Philosophie en France au XIX<sup>e</sup> siècle*, obra publicada en 1867, y reimpresa en 1885 (Hachette), páginas 22 y 23.

<sup>2</sup> El libro más copioso de noticias que existe sobre Victor



juicio puede resumirse en dos palabras. Víctor Cousin fué un gran historiador de la filosofía, un propagandista admirable de los lugares comunes del espiritualismo, un agitador poderoso de la conciencia filosófica de su tiempo, un retórico deslumbrador y de innumerables recursos, un investigador dotado de todas las cualidades de invención y de exposición necesarias para hacer valer sus descubrimientos, un moralista ameno, un expositor clarísimo y un escritor tan verdaderamente clásico, que, habiendo muerto ayer, parece un antiguo, y no le niegan, ni aun sus mayores adversarios, puesto eminente entre los modelos de su lengua. Todo el mundo reconoce que, no sólo con sus propios trabajos sobre Platón, Xenóphanes y Proclo, sobre Abelardo y Descartes, sobre Locke, la escuela escocesa y Kant, y sobre otros innume-

Cousin es el de Paul Janet, *Victor Cousin et son œuvre* (Paris, Calmann Lévy, 1885), escrito con amor de discípulo y con excesivo sabor apologético, lo mismo que el artículo de Franck en el *Diccionario de ciencias filosóficas*. En sentido totalmente diverso, hay que leer los capítulos que H. Taine dedica á Víctor Cousin en su famoso y despiadado *pamphlet* contra los ecléticos (*Les Philosophes Classiques du XIX<sup>e</sup> siècle en France*, 4.<sup>a</sup> ed., 1876). En los tomos de Sainte-Buve andan esparcidos muchos juicios agrídulces sobre Cousin. Vide especialmente *Portraits Littéraires*. En los *Essais de Morale et de Critique*, Ernesto Renan le juzga con extraordinaria benevolencia. Véase además *La Philosophie de M. Cousin*, por Alaux, y la ingeniosa y maligna biografía, ó más bien sátira biográfica de Julio Simón (*Victor Cousin*, 1887), en la colección intitulada *Les grands Écrivains français*.

rables asuntos, sino con el método que practicó el primero, con el impulso que dió á los trabajos de sus discípulos, con los certámenes que promovió, y hasta con la influencia de su posición oficial, hizo á la erudición filosófica servicios más eminentes que ningún otro hombre de nuestro siglo, exponiendo leal y honradamente las doctrinas más opuestas, y poniendo en circulación un número enorme de materiales científicos, en la forma de traducciones, memorias, comentarios, lecciones de clase y ediciones de textos inéditos, de donde procedió el despertarse en Francia, tan rezagada á principios de nuestro siglo en tales estudios como lo muestra el pobre compendio de De Gérando, un entusiasmo de investigación tan feliz y bien encaminado, que en pocos años apenas ha quedado región de la filosofía antigua ó moderna que no haya sido explorada con celo y perseverancia, apenas hay escuela, sistema ó dirección del pensamiento que no haya alcanzado uno ó varios historiadores, siendo algunas de estas monografías verdaderos modelos en su género, y dignas de ponerse al lado de las más excelentes que ha producido la crítica alemana. Con esto ha venido una más recta estimación del valor propio de cada cosa, difundíendose aquella tolerancia científica, aquel espíritu crítico y aquel sentido de las ideas más opuestas, que forzosamente trae consigo el estudio de la historia y que es su más positiva ventaja. Al lado de este servicio, que es el principal pero no el único que Víctor



Cousin hizo á la cultura filosófica de su país, hay que poner, con el aplauso que merece, su campaña juvenil contra el sensualismo y el utilitarismo, la parte crítica de su sistema, que es muy superior á la parte positiva; y no olvidar tampoco el brillante renacimiento espiritualista que promovió y el haber vuelto á levantar en su país los altares de la Metafísica, apasionando por ella el interés de dos generaciones, á fuerza de elevación de estilo, correspondiente á las grandezas del mundo ideal que iba exponiendo y desarrollando en una lengua de oro ante su auditorio extasiado. Quien tales efectos logra, y funda en su país una escuela que todavía conserva cierta vitalidad, y que ha tenido brillantes manifestaciones, escuela que con todos sus defectos tiene la gran cualidad de ser extraordinariamente acomodada á las condiciones del pueblo en que nació, de tal suerte que hasta las escuelas más opuestas á ella han sufrido su influencia y conservan rasgos profundos de su disciplina, no puede menos de ser un personaje importante en la historia de la filosofía, aunque diste mucho de ser un gran filósofo. Y parece demasiada impertinencia el tono de superioridad con que ahora juzgan algunos (discípulos suyos renegados la mayor parte) á un pensador de quien con tanto respeto hablaron Schelling, Hegel y William Hamilton.

Pero hechas estas declaraciones, hay que convenir en que el filósofo, como tal filósofo, es mediano. No es de los que piensan para el tiem-

po y para la eternidad, sino de los que piensan para el día presente y para una fracción limitada del género humano. Es un filósofo *de ocasión*, que va haciendo su sistema á pedazos, según lo exigen las necesidades del momento, obedeciendo hoy á su curiosidad erudita, mañana á un interés social, casi siempre á su genialidad oratoria, pocas veces ó ninguna á los dictámenes de la pura razón. No es de los que piensan solitariamente, sino de los que necesitan auditorio para pensar. Es el organizador de una filosofía oficial, el gran *administrador* y centralizador de la ciencia, conforme al gusto de los franceses, que hasta en materia de ciencia quieren recibirlo todo organizado y centralizado por una administración perfecta. ¿Pero quién ha de tomar muy por lo serio una filosofía de improvisación, corregida y retocada cincuenta veces, hoy escocesa, mañana schellingiana, otro día platónica, y finalmente cartesiana? Para dar un nombre á esta singular doctrina, inventó V. Cousin, primero el de *eclectismo* ó *eclecticismo*, y más adelante el de *espiritualismo*. Este último es tan vago, que cuadra lo mismo á la filosofía de V. Cousin que á cualquiera otra de las que afirman la realidad del espíritu y combaten el materialismo. En cuanto al *eclecticismo*, que en rigor no es sistema, sino tendencia, y tendencia muy fecunda y razonable, que con uno ú otro nombre aparece en todos los períodos de la historia de la filosofía, tampoco caracteriza las especulaciones de Cousin, y de todos modos es desig-



nación impropia, porque en su filosofía no vemos ni armonía ni sincretismo de los grandes sistemas anteriores, que él reduce á cuatro: sensualismo, idealismo, misticismo y escepticismo, los cuales realmente era imposible concordar ni siquiera yuxtaponer; sino una especie de psicología medio escocesa, medio cartesiana; una metafísica vaga y brillante, llena de fórmulas elásticas; un cierto panteísmo oratorio y sin consecuencias que viene á resolverse en figuras retóricas; una moral y una estética, que no pasan de vulgarizaciones elegantes de ciertos conceptos kantianos y platónicos, puestos al alcance de la común inteligencia. Y aun estos elementos más ó menos disímiles, nunca los fundió Víctor Cousin en un solo libro ni en una construcción única, sino que fueron apareciendo sucesivamente en sus obras, tomándolos y dejándolos él según le convenía, no sólo en libros distintos, sino en las varias ediciones de una misma obra, resultando así personajes tan distintos el Cousin de los primitivos Cursos y el Cousin de las postreras ediciones del tratado *de lo Verdadero, de lo Bello y de lo Bueno*. Sólo la biografía y la bibliografía del autor nos pueden dar la clave de su sistema, si es que tal *congeries* merece el nombre de sistema y no el de discreto ameno y erudito. Por eso me asombra mucho el calor con que algunos discuten á estas horas la teoría de la razón impersonal ó la de los dos estados de espontaneidad y de reflexión, como si tales concepciones no hubiesen nacido

muertas, aun en el pensamiento de su mismo autor, que como artista, historiador y hombre de mundo que era, daba sin duda mucha más importancia á sus deliciosas biografías de las grandes damas del tiempo de la Fronda, que al decantado panteísmo de su primera juventud, panteísmo que pudiéramos llamar *recreativo*, schellingianismo expurgado *in usum Delphini*.

Por lo tocante á la Estética, las ideas de Víctor Cousin no experimentaron nunca modificación notable. Se mantuvo siempre fiel al idealismo platónico, tal como le habían interpretado Winckelmann y Quatremère de Quincy, sin añadir de su parte, fuera de la elocuencia, otra cosa que algunos rasgos analíticos tomados de la *Crítica del Juicio* y de las obras de los filósofos escoceses. En el único libro de filosofía pura que Víctor Cousin escribió, es á saber, en el *Curso de filosofía sobre el fundamento de las ideas absolutas de lo verdadero, de lo bello y de lo bueno*, obra la más popular de su autor, y una de las mejor escritas, la teoría de lo Bello ocupa diez y nueve lecciones, y es de las partes que su autor retocó menos en las ediciones posteriores á 1845<sup>1</sup>, tan diversas de la primera de

<sup>1</sup> Me valgo del primitivo texto, tal como aparece en la edición de Bruselas, de ese mismo año: *Œuvres de Victor Cousin, Bruxelles, Société Belge de Librairie, 1840*, cuatro volúmenes en 4.º Véase el primero, páginas 403 á 431. Léase además, en el tomo II (*Fragments philosophiques*, páginas 114 á 117), el fragmento titulado *De lo Bello Real y de lo Bello Ideal*, que puede considerarse como el programa de las once lecciones anteriores.



1836, no sólo en la forma literaria, que es mucho más acicalada y correcta, sino también en la ortodoxia de la doctrina, que está casi limpia de los pasajes sospechosos que contenía la primera. Para lograr esto sacrificó Víctor Cousin casi toda la parte metafísica del libro, en suma, más de cien páginas. La mayor parte de estas supresiones y enmiendas recaen sobre el tratado de *lo Verdadero*. Entre las adiciones que lleva el *de lo Bello*, la más importante es el capítulo sobre *el Arte Francés*, no escrito hasta 1853.

La Estética de Víctor Cousin parece vaga y superficial aun á los ojos de sus más apasionados defensores y agradecidos discípulos. El mismo P. Janet, que ha escrito un libro entero y muy voluminoso para restituir á Cousin el título de metafísico, lo reconoce así, y no le concede en esta parte más que el mérito histórico de haber compuesto el primer ensayo de Estética teórica que se había visto en Francia después de Diderot. «Cousin fué (añade) quien introdujo la Estética en nuestras escuelas y le señaló su lugar en el cuadro de la especulación filosófica. Constituyó la Estética como ciencia, descomponiendo su objeto, y ordenando las diversas cuestiones que encierra; á saber: lo bello en el espíritu humano, en la naturaleza y en el arte. Insistió sobre la diferencia entre la belleza real y la belleza ideal; se le debe la teoría de la expresión y la clasificación de las artes según su valor expresivo, la doctrina de

que todos los géneros de belleza se reducen á la belleza espiritual y moral, y finalmente la teoría de la independencia del arte, que no debe ser, ni instrumento de sensualidad, ni auxiliar *exclusivo* de la moral y de la religión. Todas estas ideas han pasado á la enseñanza y á la literatura filosófica, y de este modo se han vulgarizado.»

En suma: elegantes vulgaridades, estética al alcance de las niñas de los colegios. ¡Y esto en 1818, después de Lessing, de Arteaga, de Kant, de Schiller, de Goethe, de Herder, de Juan Pablo, de los Schlegel y toda la escuela romántica, de Schelling, de Solger..., y reproducido sin alteración ninguna esencial en 1845, después de Hegel, de Schleiermacher, de Rosenkranz, de Weisse, de Herbart, de Schopenhauer! Conviene de vez en cuando recordar á los franceses estas cosas. Víctor Cousin, que más ó menos sabía alemán y debió á Alemania una gran parte de las ideas que vulgarizó con innegable talento, dió el primero el funesto ejemplo de permanecer indiferente y extraño al ordenado y científico desarrollo de la Estética alemana, y tratar las cuestiones de filosofía de lo bello y de filosofía del arte con la misma ligereza y superficialidad con que pudieran tratarse en un salón, como si la elegancia de estilo pudiera en ningún caso suplir ni disimular la pobreza del pensamiento. Así nacieron todas esas estéticas tan deleitables como inútiles, que van desde Cousin hasta LeVêque, y que, hablando con ri-